

# Insurgencia obrera en la Argentina

1969-1976



CLASISMO, COORDINADORAS INTERFABRILES  
Y ESTRATEGIAS DE LA IZQUIERDA

RUTH WERNER | FACUNDO AGUIRRE



**Insurgencia obrera en la Argentina. 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda / Ruth Werner y Facundo Aguirre; con colaboración de: Mónica Torraz; Walter Moretti; Andrea Robles - 1ª ed.**  
- Buenos Aires: Ediciones IPS, 2007.  
608 p.; 22 x 15 cm.

**ISBN 978-987-23362-0-2**

1. Historia Política Argentina. I. Werner, Ruth y Aguirre, Facundo II. Torraz, Mónica, colab. III. Moretti, Walter, colab. IV. Robles, Andrea, colab. V. Título  
CDD 320.982

Fecha de catalogación: 27/12/2006

## EDICIONES IPS

ARTE Y DISEÑO DE TAPA: Hernán Aragón, con la colaboración  
de Jerónimo Perales y Marcos Vinci

FOTO DE TAPA: Movilización obrera contra el Plan Rodrigo, Ensenada, junio de 1975.

INTERIOR Y COMPOSICIÓN: Julio Rovelli

EDICIÓN GENERAL: Gabriela Liszt

© 2007, Ediciones IPS  
Riobamba 144  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires - C1025ABD  
Tel.: (54-11) 4951-5445  
E-mail: [ipskarlmarx@fibertel.com.ar](mailto:ipskarlmarx@fibertel.com.ar)  
[www.ips.org.ar](http://www.ips.org.ar)

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

### Capítulo III

## La decadencia del capitalismo argentino

### La “Revolución Argentina” y el “régimen libertador”

Para situar al golpe de la llamada “Revolución Argentina”, prólogo del Cordobazo y de la etapa revolucionaria, es necesario remontarse a 1955, cuando se produce la “Revolución Libertadora”, o más precisamente el golpe antiperonista encabezado por el gral. Eduardo Lonardi y el gral. Pedro Eugenio Aramburu y el recalcitrante “gorila”, alte. Isaac Rojas -apoyado por la Unión Cívica Radical (UCR) y los Partidos Socialista (PS) y Comunista (PC)- que instauró en el país un régimen de dominio de características antiobreras y antinacionales. Luego de un primer episodio donde se impone la figura de Lonardi, quien proclamará que su golpe no busca “ni vencedores, ni vencidos” y establecerá negociaciones con sectores desplazados del peronismo, un golpe suplementario otorgará el poder al *tándem* Aramburu-Rojas<sup>11</sup>. Este régimen se basará en la proscripción del peronismo, en la represión sistemática del conflicto obrero y en el intento permanente de quebrar las conquistas que los trabajadores habían obtenido bajo el gobierno de Perón. Junto a esto, se buscó establecer una relación más estrecha con los EEUU y el capital imperialista en detrimento de la relativa autonomía nacional que gozaba la Argentina. Los sucesivos gobiernos, tanto “democráticos” como militares, mantuvieron intactas estas características centrales desde la intervención

11. Durante la presidencia del gral. Aramburu, del 12 al 20 de junio de 1956, se fusilarán a 27 protagonistas del levantamiento militar peronista -incluido el gral. Juan José Valle-. A partir de entonces, la “Revolución Libertadora” fue rebautizada por las masas obreras como la “fusiladora”.

armada de 1955, por lo cual hablamos del “régimen libertador” como la forma de dominio del bloque burgués preponderante durante el período histórico que precede al Cordobazo, caracterizado por los acuerdos de compromiso de los distintos actores de la burguesía. La influencia del capital financiero e imperialista en nuestro país era predominante pero esta pujanza no se tradujo en *hegemonía* dentro del bloque burgués dominante y, mucho menos, en la sociedad. La contradicción entre un capital extranjero que pujaba por el dominio, una burguesía nacional cada vez más entregada al imperialismo pero resistente a abandonar sus posiciones y una clase obrera en estado de resistencia constante, va a signar los años del “régimen libertador”. El gral. Juan Carlos Onganía -popularmente apodado “la Morsa” por su pintoresco bigote y su gesto marcial- y la “Revolución Argentina”, será un intento ofensivo por quebrar el equilibrio entre las facciones burguesas y la resistencia de los trabajadores.

### **El Onganiato**

En 1966, el golpe militar de la llamada “Revolución Argentina” llevó al tte. gral. (RE) Juan Carlos Onganía a la presidencia el 29 de junio, siendo el más consistente y ambicioso intento bonapartista desde la “Libertadora”, para imponer una salida burguesa proimperialista a la crisis nacional. Onganía consideraba que la “Revolución Argentina” había llegado para quedarse y se preparaba para garantizar el gobierno de la “corporación militar”. Su programa se proponía cumplir con tres tiempos prolongados para lograr un reordenamiento de la sociedad argentina: un tiempo económico, un tiempo social y un tiempo político. El partido militar se manifestaba prepotente bajo la alianza del nacionalismo católico ultramontano y el liberalismo económico. La composición nacionalista de una de las facciones militares llevó a sembrar expectativas hasta en el peronismo. La dictadura contó inicialmente con la pasividad de Perón (que ante el golpe llamó desde Puerta de Hierro a “desensillar hasta que aclare”) y con el sostén de la mayoría de la burocracia sindical (esencialmente del “Lobo” Augusto Timoteo Vandor). La plana mayor de la CGT asistirá “bien trajeada” a la asunción del dictador<sup>12</sup>.

12. En la ceremonia de asunción participaron Francisco Prado, secretario de la CGT, Augusto Timoteo Vandor, secretario de la UOM, José Alonso del Sindicato del Vestido y Juan José Taccone, de Luz y Fuerza.

Sin embargo, el supuesto nacionalismo militar se diluyó rápidamente y se ofreció como brazo armado de las facciones burguesas más directamente ligadas al imperialismo. Onganía estableció un régimen represivo de las luchas obreras y estudiantiles.

El plan del ministro de Economía y Trabajo Adalberto Krieger Vasena, se proponía un proceso de “modernización” denominado de “estabilización y desarrollo” que establecería un sector dinámico de la economía apoyada en las empresas asentadas en el país a fines de los '50 y '60 con superioridad del capital extranjero (esencialmente siderúrgicas, metalúrgicas y automotrices). El objetivo primordial era lograr una máxima productividad del trabajo. Sus primeras medidas consisten en una devaluación del 40% de la moneda nacional, la puesta en marcha de la liberación total del mercado cambiario, la fijación de derechos del 25% sobre las exportaciones no industriales, mientras se reduce la protección aduanera. Esta política implicaba una redistribución de ingresos que afectaba a los sectores asalariados y además provocaba una recesión dirigida contra la pequeña y mediana industria<sup>13</sup>. Hacia la clase obrera, esta orientación se expresó en el congelamiento de salarios por veinte meses y el dictado de una ley que suspendió directamente las convenciones colectivas de trabajo.

El bonapartismo del gral. Onganía intentó dar un salto cualitativo en las pretensiones neocolonizadoras del imperialismo norteamericano y de algunas facciones burguesas deseosas de establecer estos vínculos.

Onganía se apoyaba, inicialmente, en el peso logrado por el capital extranjero y los grandes grupos locales, tras las inversiones “desarrollistas” del gobierno de Arturo Frondizi, un inusitado consenso burgués y la relativa unidad de las FFAA. La “Revolución Argentina” pudo derrotar los primeros intentos de resistencia de los trabajadores (huelga portuaria, Fabril Financiera, ferroviaria y azucareros)<sup>14</sup>. Arremetió también contra el movimiento estudiantil y la intelectualidad mostrando su rostro más clerical y oscurantista en “La Noche de los Bastones Largos”, cuando el gobierno interviene las

13. Según *El Economista*, entre 1965 y 1973, 11.600 empresas se declararon en quiebra. Se produce una disminución de la participación de asalariados en el PBN del 42% en 1967 al 39% en 1969. Anzorena, Oscar, *Tiempo de violencia y utopía*, Bs. As., Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998, p. 32.

14. La dictadura de la “Revolución Argentina” tuvo que enfrentar una significativa conflictividad como consecuencia de su política económica. En 1966, se destacan las luchas de los ferroviarios, de Luz y Fuerza, de los portuarios, de los ingenios azucareros y de la

universidades y las tropas de la policía ocupan la Facultad de Ciencias Exactas. En este momento, la burocracia comienza a tomar distancia de la dictadura que, a su vez, buscó imponer un cambio categórico en la relación de fuerzas a favor del frente burgués-imperialista. Sin embargo, no va a poder impedir la transformación de la resistencia de la clase obrera y de amplios sectores de las capas medias -pasados a la oposición tras “La Noche de los Bastones Largos” - en contraofensiva obrera y popular. Éstas serán las claves del fracaso de la dictadura, que abrirá una etapa revolucionaria dentro de la crisis orgánica que arrastraba el capitalismo semicolonial argentino.

### **Una crisis orgánica como trasfondo de la etapa revolucionaria**

Las condiciones políticas, sumadas a las tensiones estructurales, que recorren al conjunto del “régimen libertador” prácticamente desde sus inicios, constituyen la base material de la *crisis orgánica*, en la que se manifiesta la división de la clase dominante.

La idea de crisis orgánica remite a la definición del comunista italiano Antonio Gramsci y da cuenta de la diferencia existente entre “los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) y los movimientos que pueden llamarse “de coyuntura” (y que se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales)”<sup>15</sup>. Este concepto centra la atención en el análisis de la relación entre estructura y superestructura, entre las crisis económicas y las políticas, en los cambios operados en las relaciones de fuerza entre las clases y los Estados, en la subversión del conjunto de las relaciones sociales. En esos momentos de crisis orgánica, manifiesta ya sea por el fracaso de la facción dominante que intenta imponerse antes por la fuerza que por el consenso, o cuando las masas pasan de la pasividad a la producción de acciones “que en su caótico conjunto constituyen una revolución”, la crisis orgánica se expresa como una crisis de hegemonía, de representación

industria automotriz. Producto de una serie de derrotas, el año 1967 será de fuerte retroceso en la resistencia obrera. En marzo de ese año es derrotado el plan de lucha de la CGT vadorista y el gobierno intenta la intervención de la central sindical. En 1968, habrá acciones de resistencia, duras y aisladas que serán derrotadas: la lucha de los obreros petroleros y el paro por tiempo indeterminado de los trabajadores de YPF de Ensenada y la huelga de Fabril Financiera del gremio gráfico.

15. Gramsci, Antonio, “Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerza”, op. cit, p. 343.

de las instituciones políticas, como “crisis del Estado en su conjunto”<sup>16</sup>. En la lectura gramsciana, los fenómenos de coyuntura no tienen alcance histórico, “producen una crítica política minuta, al día, que afecta a pequeños grupos dirigentes y a las personalidades inmediatamente responsables del poder”, mientras que los fenómenos orgánicos “producen una crítica histórico social que afecta a las grandes agrupaciones, más allá de las personas inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente”<sup>17</sup>. El desorden provocado por estas manifestaciones de agotamiento del dominio de una facción determinada torna la situación “delicada y peligrosa, porque el terreno es propicio para soluciones de fuerza, para la actividad de potencias oscuras, representadas por hombres providenciales o carismáticos”<sup>18</sup>.

### **Cambios económicos y facciones burguesas**

Derrocado Perón, se inicia un lento proceso de dismantelamiento y transformación de lo que se llamó el “modelo de sustitución de importaciones” comenzando a manifestarse una inserción creciente del capital extranjero. En los primeros años '60 se produce un relativo desarrollo de la industria local merced a la inversión extranjera y estatal<sup>19</sup> centrada principalmente en

16. Gramsci, Antonio, “Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los períodos de crisis orgánica”, op. cit., p. 362.

17. Gramsci, Antonio, “Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerza”, op. cit., p. 343.

18. Gramsci, Antonio, “Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en los períodos de crisis orgánica”, op. cit., p. 361.

19. Con respecto al peso del capital local y extranjero así como del estado de la producción industrial, Eduardo Basualdo señala que: “la actividad industrial de las empresas estatales se concentraba en la producción de bienes intermedios a través de tres de sus principales empresas: YPF, SOMISA y Fabricaciones militares (...). Lo mismo ocurría con la burguesía diversificada cuya producción principal era la siderúrgica de Acindar y Techint a través de Dálmine Siderca y Propulsora Siderúrgica, pero además se sustentaba en la elaboración de otros insumos básicos no menos significativos como Cemento (Loma Negra y Corcemar) o papel (Celulosa Argentina y el Ingenio Ledesma). En la producción de esta fracción oligárquica también era importante la producción de bienes de consumo no durables, especialmente productos agroindustriales tradicionales como azúcar (Ingenio San Pablo, Cruz Alta y Ledesma), galletitas (Terrabusi), cerveza (cervecería Quilmes) y textiles (Alpargatas y Grafa). En la producción de la burguesía nacional, la elaboración de bienes de consumo no durables era central (...). Eran las actividades típicas del empresariado nacional: textiles (Suixtil, Tipoi, Danubio, Dos muñecos, Ucal, etc.) y lácteos (Sancor y Mastellone), a las que se incorporaron otras -como los frigoríficos- (...). Asimismo, el capital nacional se destacaba en la producción de bienes intermedios vinculados a la tradicional industria metalúrgica (Genaro Graso, Cura Hnos., Acería Bragado, etc.) y a la provisión de autopartes (Wobron, Del Carlo, Protto

abastecer al mercado local<sup>20</sup>. En esos años se radicarán las grandes plantas automotrices que darán origen a la Córdoba industrial y empuje al cordón de la zona norte del Gran Buenos Aires. Según numerosos estudios, la primera fase de inversiones extranjeras permitió un crecimiento de la industria y una modernización que dinamizó la producción. En 1960 la participación del capital extranjero en la industria local alcanzaba el 16% de la producción industrial<sup>21</sup>. Hacia 1966, entre las 100 empresas de mayor facturación, los porcentajes de las ventas se dividían en un 6,4% para las empresas estatales (dejando afuera a YPF), un 62,8% para las empresas extranjeras y un 30,8% para las empresas locales<sup>22</sup>.

Sin embargo, como explica el economista Jorge Schvarzer, las inversiones extranjeras actuaron en detrimento de los intereses nacionales y dejando rezagada a una facción de la burguesía local que tenía desventajas para competir con el capital extranjero. A su vez, se generaron distintos desequilibrios en la economía: “el primer elemento decisivo era su efecto sobre el balance de pagos, dado que aliviar ese déficit fue una de las primeras razones para atraer a las trasnacionales. Ese aporte de capital en forma de divisas, que el país no encontraba cómo obtener de otro modo, era una razón decisiva de la orientación hacia ellas cuya importancia comenzó a ponerse en duda no bien llegaron. Primero se advirtió que las trasnacionales no estaban dispuestas a correr riesgos y trajeron el mínimo de capital posible (...). La estrategia de las trasnacionales tendía a reinvertir una parte de las ganancias locales y girar el resto al exterior. La expansión de las filiales se financiaba con la acumulación local (apoyada por créditos en pesos); la matriz recuperaba su aporte real en plazos muy breves y, a partir de entonces, recibía un flujo continuo de ganancias. Dada

Hnos., etc.). Por su parte, el núcleo central de la producción industrial extranjera estaba en la fabricación de bienes de consumo durables y, específicamente en la producción local de automotores (Ford, Renault, General Motors, Fiat, etc.). Sin embargo, el capital extranjero también tuvo una notable incidencia en los restantes tipos de bienes (...). Basualdo, Eduardo, *Estudios de historia económica argentina*, Bs. As., Siglo XXI, 2006, pp. 88-90.

20. Algunos autores, como el economista Eduardo Basualdo, sostienen que este período puede ser definido como el de la segunda etapa del modelo de sustitución de importaciones, caracterizado por la penetración del capital extranjero pero orientado al mercado interno. Ver Basualdo, Eduardo, op. cit.

21. Rapoport, Mario y otros, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Bs. As., Macchi, 2000, p. 656.

22. Basualdo, Eduardo, op. cit., p. 74.

esa conducta, el ingreso positivo de divisas al país terminó no bien terminaron las primeras instalaciones masivas de esas empresas”<sup>23</sup>. Pero según el mismo autor: “Las trasnacionales traían equipos antiguos, muchas veces fuera de uso, que registraban a precio de nuevos para aumentar el capital con derecho a ganancia”<sup>24</sup>. Habría que contabilizar además la sobrefacturación de las partes e insumos con que las casas matrices proveían a las filiales locales.

Además, hacia fines de los '60, se vivirá una profunda transformación de la propiedad de la tierra y de la producción agropecuaria. La reestructuración de la propiedad agraria dará lugar a la formación de sociedades anónimas y una modernización tecnológica en la explotación agropecuaria que permitirá un crecimiento importante del sector.

Durante toda la década del '60 hasta 1974, los índices de crecimiento de la economía argentina eran positivos. Sin embargo, el ingreso de los trabajadores en la distribución del ingreso había caído durante esos años al 43% del total con respecto al 50% que recibía durante los tiempos de Perón. Volver al 50% de la renta nacional fue la consigna del peronismo y de su burocracia sindical, como bandera de su retorno al poder. Los derechos obreros se vieron cercenados en aquel período, que se caracterizó por la persecución de la vanguardia y los luchadores y la tenaz resistencia obrera. Desde el punto de vista de los intereses de la clase trabajadora, incluso de los intereses de la nación, el crecimiento capitalista era regresivo, implicaba retroceder en su situación para aumentar la ganancia de los patrones y permitir la penetración imperialista.

El ahogo al que condujo la crisis capitalista a la economía profundizó la búsqueda de una vía de financiamiento estatal y privado que acrecentará el endeudamiento externo, cuestión que con el correr del tiempo se agravará hasta estallar con la crisis económica de 1975. La política del Estado burgués argentino significó para las patronales la posibilidad de endeudarse y recurrir al Estado para su salvataje.

La llamada burguesía nacional retrocederá desde el punto de vista de su peso estructural haciéndose cada vez más subsidiaria del capital financiero.

Dentro de la burguesía nacional comenzará un proceso de diferenciación donde surgirán grandes grupos económicos de origen local llamados a jugar un papel en la década posterior (lo que algunos autores llaman la “oligarquía

23. Schvarzer, Jorge, *La industria que supimos conseguir*, Bs.As., Planeta, 1996, pp. 254-255.

24. *Ibidem*, p. 256.

diversificada<sup>25</sup>). Estos cambios en la estructura del capitalismo local producirán un reacomodamiento de las facciones burguesas que exacerbará la puja al interior de la clase dominante. Este nuevo sector de la burguesía entrará en componendas con el Estado e intentará discutir con el capital extranjero y el imperialismo las condiciones de un nuevo ordenamiento capitalista.

Pero mientras los distintos sectores patronales disputaban sus porciones de poder, la presión de la incansable lucha obrera fue una fuente de fricciones y crisis políticas que impedían al régimen imponer la hegemonía plena de alguna de las facciones burguesas en pugna<sup>26</sup> al resto de los sectores y clases de la sociedad. La década del '60 destacó el predominio económico del capital extranjero, pero dicha ventaja comparativa no le permitió manifestarse

25. Ver Basualdo, E., op. cit.

26. Juan Carlos Portantiero explica cómo se fue configurando la crisis de hegemonía y el empate de fuerzas entre las facciones burguesas en la Argentina: "Durante 10 años, el peronismo había conseguido dar expresión política coherente a una etapa de desarrollo de la sociedad argentina. A partir de su caída, ninguna experiencia gubernamental logró satisfacer los requisitos mínimos necesarios para sostener un orden estable. Faltó desde entonces -pese a la versatilidad de las fórmulas utilizadas- una ecuación política capaz de articular a la Sociedad con el Estado, de establecer mecanismos claros de exclusión y de recompensa, de fundar, en fin, una legitimidad reproductora del sistema, basada en la fuerza y también en el consenso. Esa incapacidad de las clases dominantes comienza a ser patética desde el período presidencial de Arturo Frondizi (electo en 1958, derrocado en 1962), porque es durante el mismo que se fundan las bases para modificaciones profundas en el modelo de acumulación y consecuentemente se abre un proceso de complejización de las contradicciones entre clases y también entre fracciones de clases. Es desde entonces que los rasgos que descriptivamente he resumido como de 'empate' se presentan, para agudizarse crecientemente. En efecto, el período anterior (1955-1958) fue de transición: implicó, sobre todo, un intento provisional (y defensivo) de las clases dominantes por poner 'orden en la casa'. Esto es, recuperarse (sobre todo la burguesía agraria) del deterioro que le había inferido el nacionalismo popular y desarmar, en lo posible, su aparato político en su núcleo más conflictivo: el sindicalismo (...). Hizo, en una palabra, lo que Perón no hubiera podido hacer: desarticular la participación política de los sindicatos como interlocutores privilegiados para la elaboración de proyectos sociales. Es entre 1955 y 1958 cuando se colocan las bases institucionales para proceder a lo que sería la clave última del proceso que se abrirá con Frondizi, pero que el capitalismo argentino venía reclamando desde la primera mitad de los cincuenta: la sustitución del trabajo por capital en el desarrollo industrial. Será, en efecto, el desarrollismo quien consumará en lo económico el nacimiento de esta etapa: para ello estimulará el ingreso masivo del capital extranjero en la industria. Estos cambios influirán decisivamente sobre el perfil social de la Argentina: muchos más problemas encontrarán, sin embargo, para expresarse en el nivel de la política. Es a eso a lo que llamo crisis de hegemonía: incapacidad de un sector que deviene predominante en la economía para proyectar sobre la sociedad un Orden Político que lo exprese legítimamente y lo reproduzca (...). La irrupción brusca de una fracción de clase que pasa a controlar los núcleos más dinámicos de la economía no podía sino alterar la correlación de fuerzas en el interior de la burguesía, así como redefinir las relaciones globales entre el conjunto de las clases dominantes y las dominadas (...)". Portantiero, Juan Carlos, "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", 1973, <http://www.isepci.org.ar>.

como sector hegemónico. El sociólogo Juan Carlos Portantiero señala que se vivía la “lógica de un ‘empate’ entre fuerzas, alternativamente capaces de vetar los proyectos de las otras, pero sin recursos suficientes para imponer, de manera perdurable, los propios”<sup>27</sup>, lo que el autor define como “empate hegemónico”. El reconocimiento de esta asimetría es clave para la comprensión de la crisis orgánica en la Argentina y las contradicciones que abrieron paso a un momento de crítica revolucionaria

La situación estructural animó a la facción burguesa ligada al capital extranjero a intentar cambiar el equilibrio interno de fuerzas a su favor, con respecto a las otras facciones capitalistas y a las masas. Pero estos cambios implicaban la transformación de un conjunto de relaciones sociales forjadas desde el ascenso al poder del peronismo y, en particular, limitar el poder de la clase obrera y reducir drásticamente su participación en la renta nacional<sup>28</sup>. Hacia 1967, año en que Adalberto Krieger Vasena asume la cartera de Economía, el impulso de la inversión extranjera se encontraba en un *impasse*. Sin embargo, el peso del capital extranjero hace sentir su influencia. Téngase en cuenta que en 1969 su participación en la producción industrial era del 20%<sup>29</sup> y que entre las 100 empresas de mayor facturación, las de origen extranjero constituían el 68,8% de las ventas. El plan de Onganía y Krieger Vasena, sellaba en el plano político la alianza entre el nacionalismo católico y ultramontano de un sector de las FFAA y el liberalismo económico; en el plano de la representación de las facciones de clase expresaba el intento de hacer converger al capital extranjero, los grandes grupos económicos nacionales y un sector de la burguesía terrateniente. El objetivo será crear las nuevas condiciones políticas, económicas y sociales para atraer otra oleada de inversiones que dinamicen la economía. Su resultado será una mayor desnacionalización de la industria debido a la compra de capacidad instalada por firmas extranjeras. A su vez se asistirá a un intento de financiar el subsidio a las grandes patronales para estimular el crecimiento industrial, a costa del endeudamiento externo<sup>30</sup>. Por otra parte, influirá a favor de los grupos concentrados del capital extranjero en detrimento de la clase trabajadora, a quien se proponía derrotar para liquidar sus conquistas, pero también de

27. Ídem.

28. Si bien durante el gobierno de Onganía los salarios no viven un fuerte ajuste, es en este período -a partir de 1966- que comienza la curva declinante en el salario obrero.

29. Rapoport, Mario y otros, op. cit., p. 656.

30. El Plan Krieger Vasena fue bautizado con un acuerdo standby con el FMI por un monto de 125 millones de dólares. Rapoport, Mario y otros, op. cit., p. 644.

sectores de la alta y mediana burguesía urbana y rural y de las capas medias. El Estado afectará la cuota de plusvalía de sectores de la burguesía nacional, como aquellos vinculados a la renta agraria a quienes se pretenderá gravar impositivamente sus ganancias por lo que responderán pasando a la oposición política al gobierno. El dirigente trotskista Nahuel Moreno describía en aquel entonces que el Cordobazo había sido producto de: “Una situación crítica, inestable del gobierno, provocada por la disputa de los distintos sectores burgueses entre sí, y con el gobierno y, fundamentalmente, por el ascenso del movimiento obrero y de masas que agudiza todas esas contradicciones”. Subrayaba además “la oposición creciente al gobierno de la pequeñoburguesía urbana y rural a la que se ha sumado la burguesía nacional en su conjunto, como consecuencia del avance de los grandes monopolios protegidos por el Onganiato”<sup>31</sup>.

La crisis emerge con todas sus fuerzas hacia 1969 y es la explicación última del fracaso del Plan Krieger Vasena. El año 1969 fue el de mayor crecimiento del PBI en la década, situándose en un 8,5%. Pero más allá de esta realidad económica, la misma no sirve de plataforma para un despegue del capitalismo argentino ya que no se lograba derrotar la resistencia de los trabajadores. Como correlato, importantes sectores burgueses pasan a la oposición, en particular en el interior del país, jaqueados por la política del equipo económico.

El Cordobazo hará evidente el fracaso de la “Revolución Argentina” y va a manifestar la *crítica histórico social*, que *en su caótico conjunto* abrirá una etapa revolucionaria que se extenderá hasta 1976.

### **Peronismo y clase obrera: sobre la crisis de representación**

Como veremos más adelante, el retorno del gral. Perón a la Argentina y el fin de la proscripción de su movimiento serán las cartas jugadas por la burguesía para desviar el ascenso de masas abierto después del Cordobazo. Para comprender esto hay que entender qué era el peronismo, su papel en la política argentina y su relación con la clase obrera. Sólo así se puede entender cómo para la oligarquía criolla y el gran capital, que habían calumniado y proscripto a Perón y su partido, este movimiento pasó a constituir el instrumento clave de contención para desviar el camino de lucha de clases y respuesta política y social, iniciado por la clase obrera. De ser “el fenómeno maldito del

31. Moreno, Nahuel, “Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales”, junio de 1969, En *Después del Cordobazo*, Bs. As., Antídoto, 1997, p. 27.

país burgués” (tal como lo había caracterizado John William Cooke), que espantaba a las señoras y señores “bien” de la Argentina, a encarnar un recurso del capital para adormecer a las masas y evitar que éstas tomaran un camino revolucionario. “Perón se fue del país para evitar un baño de sangre; y fíjese como se escribe la historia: tiene que volver al país para evitarle un baño de sangre”<sup>32</sup>. Estas palabras de José Ignacio Rucci expresan fielmente el objetivo trazado por el peronismo en la nueva etapa política.

Pero mientras los respetables representantes del capital apostaban al peronismo como factor estabilizador, las juventudes de las clases medias (y de sectores de la propia burguesía) abjuraban de la herencia “gorila”. Esos sectores acudirán en masa al peronismo en sus vertientes más radicalizadas, viendo en ellas la vía privilegiada de lucha por la “liberación nacional”. Las tensiones que más tarde se producirán en el seno del movimiento peronista guardan una relación genética con esta supuesta contradicción entre una burguesía que ve en Perón una garantía conservadora, la juventud que ve en el peronismo una voluntad de transformación política y social y la clase obrera que identifica en él la defensa de sus conquistas.

La crisis de representación que implicó la crisis orgánica en la Argentina, afectó esencialmente al partido militar y a la UCR, es decir a las fuerzas “orgánicas” del “régimen libertador”. La proscripción del peronismo, el exilio del gral. Perón y la sostenida resistencia peronista, preservaron al viejo movimiento nacionalista burgués frente a las masas. Iniciado el camino de la confrontación política e ideológica, el peronismo pudo presentarse así como su conducción política “natural”. Si en la creciente vanguardia luchadora, sobre todo en sus sectores clasistas, los móviles políticos del Cordobazo tenían que ver con las posibilidades de encarar una lucha “antisistema”, en las grandes masas obreras las demandas del retorno de Perón y el fin de la proscripción concentraban sus ilusiones políticas, con la idea de que cumpliendo estos objetivos, habría un cambio sustancial en la situación de los trabajadores, que enfrentaron durante el período del “régimen libertador” los intentos patronales de quebrar sus conquistas y deprimir su nivel de vida.

Desde el punto de vista de la crisis orgánica, la existencia de un peronismo fuerte y prestigiado era una contratendencia a los elementos de ruptura y

32. *La Razón*, 8 de junio de 1971.

autonomía que el Cordobazo había puesto a la vista y que se expresaba en una fuerte vanguardia obrera y juvenil, que actuaba con independencia del peronismo y bajo la influencia de la izquierda marxista y la ultraizquierda. Sin embargo, el regreso de Perón no debía cumplir, ni en los cálculos del propio General ni en los de la burguesía local, el viejo papel integrador de la clase obrera al Estado que tuviera en sus orígenes, sino un rol a la medida de los intereses del capital nacional, de ataque a los trabajadores, de negociación con el imperialismo y de restablecimiento del orden y la “unidad nacional” para pacificar el país. Un brevísimo interregno de corte frentepopulista (inevitable “canon” o “impuesto” a pagar ante las expectativas generadas) precedió al corto y último gobierno del General, hasta el desenlace inevitable donde la camarilla lopezrreguista intentará ser el instrumento que cumpla la función de “partido del orden”.

### **El devenir histórico del nacionalismo burgués**

Anteriormente hablamos de la necesidad de entender qué es el peronismo, lo cual supone tener presente su recorrido, desde los orígenes como nacionalismo burgués instaurando un régimen bonapartista *sui generis* de izquierda<sup>33</sup>, integrando a la clase obrera al Estado y empleándola como base de maniobra frente a la penetración imperialista norteamericana, hasta su papel a fines del período que tratamos como un bonapartismo más clásico, que asume como función contener la subversión obrera y restaurar el orden (función que ejerció efectivamente durante el tercer gobierno de Perón, continuado a la muerte del líder por María Estela Martínez).

El peronismo de 1945/55 estableció un control sobre las masas para construir un esquema general de negociación con el capital imperialista que pretendía “aprovechar” para el capitalismo argentino las brechas presentes en

33. Ver Trotsky, León, “La industria nacionalizada y la administración obrera”, *Escritos Latinoamericanos*, Bs. As., CEIP “León Trotsky”, 2ª edición, 2000, p. 151: “En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional con relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros”.

el plano internacional (esquema alentado por las oscilaciones del nuevo orden mundial que los resultados de la Segunda Guerra inauguraban, pero que aún no terminaba de asentarse): “La ofensiva imperialista dio origen a un movimiento nacionalista que intentaba resistir esta ofensiva respaldándose para esto en el imperialismo británico, es decir, intentaba utilizar esta rivalidad para obtener un espacio de negociación más favorable con el nuevo imperialismo. Sin embargo, la relativa debilidad de la burguesía argentina, en el marco de las divisiones internas que la ofensiva imperialista produce, y la fortaleza del proletariado, dio origen a un régimen que puede definirse como bonapartista *sui generis*, en tanto, oscilando entre las clases fundamentales de la sociedad, se apoya en el proletariado y, en este sentido, “de izquierda”- en resguardo de las relaciones sociales de producción”<sup>34</sup>. El mismo Perón así lo explicaba: “Señores capitalistas, no se asusten de mi sindicalismo. Nunca mejor que ahora estarán seguros, ya que también soy capitalista porque tengo estancia y en ella operarios. Lo que quiero es organizar estatalmente a los trabajadores para que el Estado los dirija y marque rumbos. De esta manera se neutralizan en su seno las corrientes ideológicas y revolucionarias que puedan poner en peligro nuestra sociedad capitalista en la posguerra. A los obreros hay que darle algunas mejoras y serán una fuerza fácilmente manejable”<sup>35</sup>.

El golpe “gorila” de 1955 se dirigió contra este peronismo para liquidar las conquistas logradas por el movimiento de masas y establecer condiciones más favorables para la penetración del imperialismo norteamericano. Hacia 1955, ningún sector burgués nacional apoyaba ya al gobierno, que seguía sostenido, en soledad, por la clase obrera. A esto debe agregarse que el funcionariado político y las abultadas filas de las direcciones sindicales, que cobraron cuerpo en los años de arribo al aparato estatal y al amparo de éste, raramente desarrollaron personalidades dirigentes dignas de nota. El término “burocracia” resulta aplicable a ellos en todos los sentidos en que se emplea. Recostados en la personalidad política del líder, eran y se sabían incapaces de enfrentar por sí mismos un cambio brusco de la situación. Temían un desenlace ominoso del nuevo curso de los acontecimientos, sobre todo por lo que implicaría para ellos mismos, pero este temor no se convirtió en la menor iniciativa política digna de

34. Rojo, Alicia, “El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo”, *Cuadernos del CEIP* N°3, Bs. As., CEIP “León Trotsky”, 2002.

35. Discurso de Juan Domingo Perón en la Bolsa de Comercio, 25 de agosto de 1944.

mención. El conjunto de la patronal argentina se había encolumnado detrás del bloque que planteaba el fin del ciclo del nacionalismo burgués. Se lo haría saber al gobierno, bombardeando trabajadores.

A la intentona golpista de junio del '55, Perón, “el hombre del Destino”, respondió con una encendida retórica. Contra el fuego de los Gloster de la aviación naval, que sembró de cadáveres la Plaza de Mayo, el Presidente disparó frases feroces, en una enérgica venganza verbal.

Si el peronismo, como gobierno, fue incapaz de plantear otra resistencia a la “Revolución Libertadora” que la de aquellos discursos, el peronismo como movimiento político no iría más lejos. Ni el partido peronista, ni la CGT harían lo que el mismo Perón no estaba dispuesto a hacer. Y el líder prefirió dejar el país antes que propiciar (en realidad, asumir) una confrontación que podría ser peligrosa para la estabilidad de la dominación burguesa en la Argentina.

La única resistencia que encontró en las calles la “Revolución Libertadora”, fue la protagonizada por la clase obrera, bombardeada en Plaza de Mayo en el mes de junio. El 16 de septiembre, el gral. (RE) Eduardo Lonardi inicia el levantamiento militar en Córdoba que rápidamente se extiende a Buenos Aires y a otras ciudades, recibiendo el apoyo de la marina de guerra al mando del contralmirante Isaac Francisco Rojas. Los trabajadores harán frente durante varias semanas al golpe, resistiéndose a admitir su imposición - sobre todo en las barriadas populares del Gran Buenos Aires y de Rosario- ,y con el tiempo, constituirán lo que se llamó la “Resistencia Peronista”.

Las pretensiones del “régimen libertador” y los planes de sus sucesivos gobiernos, militares y civiles, chocaron con una tenaz oposición de la clase obrera, que impidió la normalización de las condiciones políticas del nuevo status semicolonial bajo supremacía norteamericana, restándole estabilidad. Con el Cordobazo, el último intento del “régimen libertador” por generar condiciones de estabilidad política para la asociación de la burguesía argentina con el capital imperialista sin recurrir al peronismo, naufragó frente a un nuevo escenario de crisis y lucha de clases. Ese escenario, de curso y dinámica imprevisibles, no podía ser más inquietante para el capital. Los sectores proclives a admitir la necesidad del recurso peronista crecieron en importancia. El indeseado retorno de Perón a la Argentina empezó a figurar en la agenda de una burguesía alarmada por la intensidad de la protesta obrera, y por el potencial desarrollo político (hegemónico) de ésta. El giro político e ideológico de sectores importantes de las clases medias subrayaba esa posibilidad.

La “paz social” era lo que ninguno de los gobiernos del régimen había podido garantizar y, a partir de 1969, se hallaba más lejos que nunca. Por el contrario, el nivel de conflictividad obrera y de radicalización general de las expresiones políticas de la protesta obligó a tomar en serio la posibilidad de “paz” que ofrecía Puerta de Hierro. Si Perón tenía éxito, la amenaza de una modificación revolucionaria del *status* semicolonial del país volvería a disolverse, como en los años ’40. Pero, esta vez, “éxito” no podía significar lo mismo que en los comienzos de la posguerra. Perón no dejaba de comprenderlo perfectamente y su intervención en el conflicto nacional a partir del retorno de 1973, no ofrece espacio para dudar de esa comprensión. Si en el ’45 Perón expresó un intento de resistencia a las pretensiones imperialistas norteamericanas, en 1973, encarnaba una fuerza conservadora que buscaba definir el grado “óptimo tolerable” de subordinación a los EEUU y que, a diferencia de sus dos primeros gobiernos, no tenía por objetivo integrar a los trabajadores sino poner orden en el país. El gran límite que tuvo en esta ocasión fue que le tocó enfrentar una sociedad más compleja que la de los años ’40, con actores sociales mucho más experimentados. Dos décadas de luchas sociales en los terrenos más diversos, tanto frente a gobiernos militares como civiles, bajo proscrición o en condiciones de legalidad parcial, atravesando períodos de ascenso y de repliegue, había producido en el seno de la clase obrera más concentrada y madura políticamente, una vanguardia militante que desafiaba el control de la burocracia sindical, del partido peronista y del mismo capital.

Retirar de la escena este protagonismo obrero era objetivo prioritario de la burguesía amenazada. Éste era el contenido, implícito al principio y luego manifiesto, de la misión impuesta a Perón como condición de su retorno. La “pacificación nacional”, anunciada ya como objetivo durante el breve gobierno de tipo frentepopulista de Cámpora, sería perseguida luego del golpe de palacio contra éste, siguiendo un camino cada vez más represivo, en el marco del llamado Pacto Social auspiciado por el gobierno y sellado por las cúpulas sindicales y empresarias.

### **El Cordobazo: un proceso de masas**

Volvamos a las causas de la inquietud burguesa a fines de los ’60, que guardan estrecha relación con el retorno del peronismo, pero que importan por sí mismas como centro de gravedad de los años por venir.

El Cordobazo<sup>36</sup> tiene su origen en la convocatoria de las centrales sindicales CGT y CGT de los Argentinos a un paro nacional de 24 horas en mayo de 1969. En la provincia mediterránea, ese llamado tuvo una particularidad: su duración sería de 37 horas, en protesta por la eliminación de las “quitas zonales” en las asignaciones y beneficios salariales, entre otras reivindicaciones<sup>37</sup>. Este “paro” adquirirá características de huelga general política, y con el correr de las horas se transformará en el Cordobazo. La semiinsurrección obrera y popular<sup>38</sup> unificó a los trabajadores de las modernas plantas automotrices instaladas en la provincia, a los de Luz y Fuerza, a los metalúrgicos, y al conjunto del proletariado local, con los estudiantes que reclamaban la “unidad obrero-estudiantil”. Las columnas de obreros que al mediodía iniciaron su marcha hacia el centro de la ciudad desde los cordones industriales, pronto confluyeron con los estudiantes, confraternizando con ellos. Unos y otros fueron atacados por la policía, lo que no evitó que siguiesen sumándose manifestantes a la movilización. La noticia del asesinato de Máximo Mena (estudiante secundario y obrero del SMATA) se difundió en esos momentos

36. Queremos destacar que antes del Cordobazo la clase obrera había protagonizado una importante acción independiente en la ciudad de Rosario: el primer Rosariazo. Las facultades rosarinas se habían convertido en un hervidero político luego de los acontecimientos de Corrientes, donde cayó asesinado el estudiante Cabral. El rector resuelve suspender las clases por tres días a partir del 16 de mayo. La respuesta fue una contundente asamblea que continuó con una masiva movilización por las calles céntricas de Rosario. El 17 de mayo se realiza una movilización estudiantil, otros manifiestan frente al Banco Alemán Transatlántico. La policía reprime a mansalva y cae herido mortalmente Adolfo Bello, estudiante de Ciencias Económicas. En los días posteriores, se suceden distintas acciones donde va gestándose la unidad obrero-estudiantil. Para el 21 de mayo se convoca a una marcha en homenaje a los caídos y la CGT de los Argentinos convoca al paro. Ese día el centro es sitiado por la policía. Pese a esto los estudiantes comienzan a manifestar y chocan con la infantería policial. Se desencadena una verdadera batalla campal levantándose barricadas en las calles, mientras los vecinos arrojan muebles y papeles para las fogatas que ayudan a dispersar el efecto de los gases lacrimógenos. Luego de varias horas de combate el centro es ocupado por una multitud de 4.000 manifestantes. Los estudiantes ocupan la emisora radial LT8 y otro grupo intenta ocupar el Rectorado. En las refriegas en las inmediaciones de la emisora cae asesinado un joven metalúrgico de 15 años, Luis Norberto Blanco. El gobierno nacional decreta “zona de emergencia” y la ciudad queda bajo el mando del Ejército. La protesta continuó con un paro general, convocado por ambas centrales sindicales que paralizó a Rosario y al cordón industrial de San Lorenzo. Una marcha de 7.000 personas fue el cortejo que despidió los restos del joven Blanco.

37. Las quitas zonales eran una reducción en los salarios establecidos por los Convenios Colectivos de Trabajo, para los asalariados de distintas zonas del interior del país.

38. Tomamos la definición de semiinsurrección para diferenciarla de la “insurrección como arte”. Nahuel Moreno fue quien utilizó la categoría de semiinsurrección para definir al Cordobazo. En “Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales”, junio de 1969, *Después del Cordobazo*, op. cit., p. 27.

y la rebelión ganó la ciudad. Una guerra de guerrillas urbana, con multitud de barricadas y francotiradores que desde las alturas hostigaban a la policía, la obligó finalmente a retroceder. Al hacer retroceder a las fuerzas policiales, la ciudad fue sustraída al control gubernamental durante el resto del día 29. Recién al anochecer -con la intervención del ejército- el Estado pudo retomar el control. El Barrio Clínicas, residencia de los estudiantes, resistió hasta el 31 de mayo.

El Cordobazo<sup>39</sup> pone en la recta final al patético intento de Onganía. El grito de las calles cordobesas, “Abajo la dictadura”, será a partir de ese momento la consigna de los trabajadores y el pueblo, a lo largo y a lo ancho del país.

Este acontecimiento fue el punto más alto de las movilizaciones obreras, estudiantiles y populares que desde inicios de mayo del '69, se continúa por todo el territorio nacional en una cadena de huelgas de masas y levantamientos de carácter insurreccional.

El 16 de septiembre, el epicentro de los acontecimientos volverá a la ciudad de Rosario, pero esta vez la semiinsurrección será motorizada fundamentalmente por la clase obrera. Desde temprano, las columnas obreras empezaron su marcha hacia el local de la CGT. Ferroviarios, harineros, textiles, trabajadores del vidrio, de la construcción, de Luz y Fuerza, del frigorífico Swift y metalúrgicos. Los estudiantes se sumaban al paso conmemorando el tercer aniversario del asesinato del estudiante Santiago Pampillón por la dictadura de Onganía, en 1966. Previamente, los trabajadores del Ferrocarril Mitre habían lanzado para ese día una huelga por la suspensión de un delegado sindical que había participado de los paros de los días 23 y 30 de mayo. Las delegaciones de la CGT de Córdoba y Rosario deciden acompañar la medida con un paro activo de 38 hs. Rosario estaba paralizada. Los manifestantes convergen en el centro de la ciudad. Los primeros ataques represivos pudieron dispersarlos parcialmente, pero la organización de autodefensa finalmente rindió sus frutos desbordando a la policía y a la gendarmería. Los frentes de lucha se multiplicaron en toda la ciudad.

39. Para una comprensión mayor del Cordobazo recomendamos la lectura de Balvé, Beba y Balvé, Beatriz, *El 69. Huelga política de masas*, op. cit. ; Brennan, James P., *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, op. cit. ; Balvé, B.; Murmis, M.; Marín, J. C.; Aufgang, L.; Bar, T. J.; Balvé, B.; Jacoby, R. y Jacob, G., *Lucha de calles, lucha de clases*, op. cit.; Moreno, Nahuel, *Después del Cordobazo*, op. cit.; Gordillo, Mónica, *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Colección Manuales de cátedra, 1999.

Instalación de barricadas, hogueras, quema de autos, ataque a establecimientos abiertos y bancos. El ejército debe intervenir para poder recuperar el control de la ciudad. Pero la furia estaba en todas partes: eran miles los manifestantes. En esas jornadas, los obreros *reunieron detrás de sí* a otros sectores populares hartos de la dictadura.

El Cordobazo será además el hito constituyente de toda esa generación de luchadores y militantes que intentaron de una u otra manera hacer realidad un nuevo horizonte político y social. El Cordobazo y los distintos “azos”<sup>40</sup> que le sucedieron serán la manifestación palpable en los levantamientos, las huelgas, las múltiples movilizaciones y procesos de organización, en la politización y radicalización de sectores cada vez más amplios. Se trataba ni más ni menos que del comienzo de la entrada en escena de las masas obreras y populares como protagonistas indiscutibles, de su autoafirmación como sujetos de la *crítica histórico social*.

El revolucionario ruso León Trotsky señalaba que: “El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido, se hace insostenible para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban

40. Los distintos levantamientos que se sucedieron entre 1969 y 1972 fueron generalizados bajo el nombre de “azos” por ser, más allá de su carácter popular o proletario, la expresión de la tendencia insurreccional que anidaba profundamente en las masas obreras y populares. Sucintamente podríamos decir que además de los ya mencionados, Cordobazo y Rosariazos, se puede hablar de Tucumanazo, Mendozazo, Viborazo, Rocazo, además de diversas puebladas como la de Casilda y Cipolletti y la gran huelga de los obreros del Chocón-Cerros Colorados en la provincia de Neuquén que tomó el nombre de Choconazo. Un relato sobre este último acontecimiento nos cuenta que: “La gran huelga de El Chocón fue declarada en asamblea general, reunida a partir de las 19 horas del 23 de febrero de 1970. La lucha se prolongó hasta la madrugada del sábado 14 de marzo cuando 800 hombres de las fuerzas de represión, armados de fusiles automáticos y ametralladoras, coparon el bastión de los huelguistas, situado en la parte en que están distribuidos unos veinte pabellones de viviendas y el comedor de los obreros. Participaron en la huelga unos 2.500 obreros, de ellos 1.800 de la compañía constructora de El Chocón, Impregilo-Sollazo, y el resto de empresas menores: Analví, Constructora de las viviendas obreras; Cartellone, que construye la villa permanente; Mario Wanstein, Constructora del edificio Hidronor y el hospital”. En Alac, Antonio; Olivares, Armando y Torres, Edgardo, “El Chocón, la lucha de uno es la de todos. Experiencias y conclusiones de una gran huelga obrera”, folleto editado por el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical, Bs. As., mayo de 1970, p. 2.

a sus representantes tradicionales y, con su intervención crean un punto de partida para el nuevo régimen. (...) La historia de las revoluciones es para nosotros, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos<sup>41</sup>.

En el Cordobazo, se hallan presentes varios de los elementos de esta descripción clásica, porque la secuencia *huelga general política-semiinsurrección espontánea-desborde de los propósitos de los dirigentes*, presente en los acontecimientos del 29 de mayo, los convierte de conjunto en *un episodio de guerra civil* -entendida ésta como el enfrentamiento de *bandos sociales* más allá de la legalidad- que mostró claramente la centralidad que tuvo la clase obrera en la irrupción de las masas y *la voluntad de esas masas de ajustar cuentas con la dictadura*. Fue una acción de masas independiente que registró un avance en la autoactividad y autodeterminación de los trabajadores como clase. Puso al movimiento obrero como eje del ascenso y como dirigente en la acción callejera de la alianza obrera y popular que se alzaba contra la dictadura. El enfrentamiento con la dictadura, destacó a una amplia vanguardia con planteamientos antiimperialistas y anticapitalistas que encontraba eco en un movimiento que, además de cuestionar a todas las facetas del “régimen libertador”, tomaba una dinámica de enfrentamiento contra el régimen social. Los acontecimientos harán emerger elementos de una nueva conciencia, sobre todo en los métodos de lucha, en los que se profundiza y radicaliza la tradición heredada de la Resistencia peronista: huelga política, barricadas, sabotajes y elementos de autodefensa armada.

Las acciones de masas a partir de mayo del '69 tendieron a rebasar la legalidad y los poderes constituidos de una manera sólo comparable con la de la efervescencia obrera y revolucionaria de medio siglo antes, en los tiempos de la “Semana Trágica” y del movimiento obrero de la FORA. Ambos constituyeron importantes ensayos revolucionarios de la clase obrera argentina. La entrada en escena de la clase obrera, del movimiento estudiantil, de la juventud de la pequeñoburguesía y de los sectores populares a partir del Cordobazo, con los cambios operados en su estado de ánimo y en su subjetividad, van a condicionar la política argentina del período: desde 1969 la preocupación estratégica fundamental de las clases dominantes y de sus representantes políticos (incluyendo especialmente a los militares) giró alrededor de cómo

41. Trotsky, León, *Historia de la Revolución Rusa*, Obras de León Trotsky, Tomo VII, México DF, Juan Pablos Editor, 1972.

domesticar, desviar o aplastar la amenazante presencia del poder constituyente de la nueva alianza obrera y popular.

### **Se abre la etapa revolucionaria**

La crisis en que el alzamiento cordobés puso al gobierno de Onganía fue subrayada, además, por una mayor división entre sectores de la burguesía y por un aumento de sus disputas, dando impulso adicional a la oleada de efervescencia y radicalización política que recorrerá a las distintas clases de la sociedad, dejando en claro que la crisis del onganato era también el quiebre del “régimen libertador”. Desde nuestra perspectiva, fue, también, el inicio de una etapa revolucionaria que se prolongaría hasta el golpe de Estado de 1976. Junto a los levantamientos insurreccionales de Córdoba, Rosario, Mendoza, Tucumán, las huelgas de masas sectoriales y regionales, y los paros nacionales, el período será especialmente rico en luchas por empresa, donde el control burocrático hallará nuevos y muy serios cuestionamientos, dando lugar a nuevas formas organizativas (y a la revitalización de viejas formas) así como a una crítica de la burocracia sindical, cuyos contenidos se popularizaron al interior de la clase obrera.

Por otro lado, el movimiento estudiantil y, desde un punto de vista general, la pequeñoburguesía (que vivía en aquellos años un momento particular de inserción en el trabajo asalariado) será protagonista de un proceso de radicalización extraordinariamente extendido. Luego de “La Noche de los bastones largos”, los jóvenes de las capas medias, atraídos por la Revolución Cubana y por la figura del Che, van a dar un giro desde su histórica adscripción al “gorilismo” antiperonista, hacia la lucha política bajo las banderas de la “patria socialista” preconizada por los sectores combativos del peronismo, incorporándose a Montoneros fundamentalmente, en menor medida al ERP y a las expresiones políticas del maoísmo y el trotskismo. Como expresión extrema de este fenómeno generacional, inclusive algunos de los hijos de la gran burguesía y de la oligarquía se sumarán a las organizaciones armadas y a otras fuerzas militantes de la izquierda. Se desarrolló una amplia vanguardia universitaria, fogueada en luchas cuya intensidad y relieve político nunca volvieron a ser igualados en el movimiento estudiantil, que promovió activamente la alianza obrera y popular contra la dictadura, así como se asistió al despertar de una nueva generación intelectual que

intentó fundar en el marxismo o en la crítica socialista su visión de la sociedad y de las tareas políticas para la transformación social.

Considerando que la juventud aportará una importante camada de activistas y militantes orientada a la actividad en el seno del movimiento obrero, su accionar contribuyó a afirmar el curso de desarrollo de una nueva vanguardia proletaria. Podemos decir que estos procesos (el juvenil y el que tuvo lugar entre los trabajadores), se imbricaron de modo tal que dieron el “tono de época” al conjunto de luchas del período e hicieron evidente la ampliación de los horizontes de la subjetividad obrera y popular.

En ese sentido, puede decirse que el carácter ofensivo de la movilización de masas puede medirse, también, por su explícito cuestionamiento al *status* semicolonial del país. Al decir que este cuestionamiento era *explícito*, no nos referimos a que encontrara expresión “formal” en declaraciones públicas o en otro tipo de manifestaciones producidas por las organizaciones políticas y sociales -lo que, naturalmente, fue también así. Pero más allá de toda expresión formal y pese a las limitaciones subjetivas que se señalaron en relación con las esperanzas favorables a una reedición del nacionalismo burgués, una simultánea expectativa de que las luchas en curso concluyeran en la efectiva emancipación nacional (el fin de la dependencia del capital imperialista y de la tutela política de los países centrales y de sus socios locales), se había convertido en patrimonio común de la nueva subjetividad de los amplios sectores movilizados a lo largo del período. Es por eso, también, que puede decirse que la ofensiva de las masas vino a cuestionar al conjunto del orden burgués: porque planteó políticamente (es decir, en el terreno nada especulativo de la práctica histórico-política) la necesidad de resolver la relación de fuerzas cuyo nuevo “equilibrio”, tumultuosamente puesto de manifiesto en aquellos días, era el inestable equilibrio de la crisis orgánica del capitalismo argentino.

La lucha de clases adquirió una dinámica revolucionaria, porque la crisis orgánica consistía, precisamente, en la incapacidad de la burguesía para dar satisfacción a las demandas económicas, sociales y políticas (salario y condiciones de trabajo, defensa de las conquistas sociales, libertades políticas) sin chocar frontalmente con sus propias necesidades en el terreno económico (incluyendo muy especialmente la necesidad de rediscutir la hegemonía burguesa y rediseñar la acumulación de capital lo que implicará posteriormente un mayor dominio del capital imperialista), y sin socavar

su propio régimen, cuyos supuestos e instituciones principales -ante todo, las FFAA-, no podían procesar la más elemental de estas demandas: su solo planteo implicaba un grado indeseable de politización e inestabilidad. Al régimen político le resultaba traumática la simple administración de descontentos moderados y la existencia “de derecho” de una oposición apenas “normal”. Indicando claramente la inadecuación de ese régimen, las acciones de masas llegaron a cuestionar, muy en serio, la propiedad de los grandes medios de producción y el sometimiento de la nación al imperialismo.

En la radical asimetría de demandas, posibilidades de satisfacción y capacidad de tramitación incruenta de la distancia entre unas y otras se planteaba un enfrentamiento decisivo e irreconciliable entre las clases para dirimir el futuro del país.

### **El proletariado y sus organizaciones en la nueva etapa**

El movimiento obrero había protagonizado dos importantes ascensos previos al Cordobazo: el de 1956/59 (período de la Resistencia peronista), y el de 1961/65 (con procesos como el “Plan de lucha” de la CGT y sus numerosas ocupaciones de plantas<sup>42</sup>), en el curso de los cuales había experimentado distintos métodos de lucha y demostrado, al conjunto de la sociedad y a los mismos trabajadores y trabajadoras, el peso político de sus acciones colectivas. Por otra parte, la situación excepcional producida por el golpe de 1955, al que la clase obrera se opuso activamente *en total y conciente soledad* y que, convertido en gobierno fusilador, trató al proletariado en su conjunto como a una virtual oposición política no reconocida, produjo como reacción el robustecimiento de una serie de rasgos comunes de clase, con un denso “tejido social” y una rica “cultura obrera”, como han destacado diversos autores. Más de 1.350.000 trabajadores estaban ocupados en la industria, muchos de ellos en grandes plantas de miles de obreros. Aunque ya había comenzado la declinación numérica de los obreros industriales en relación con el conjunto del proletariado (comenzaban a expandirse más rápidamente

42. En 1964, durante el proceso de ocupación de fábricas dirigido por la CGT, según los datos suministrados por esta central, en aquel entonces 3.900.000 trabajadores ocuparon 11.000 establecimientos. Según la investigación realizada por María Celia Cotarelo y Fabián Fernández hubo 4.398 ocupaciones. Cotarelo, M. C. y Fernández, F., “La toma de fábricas. Argentina 1964”, *Razón y Revolución* N° 3, Bs. As., invierno de 1997, pp. 105 y 111.

los sectores de servicios), su peso estructural y económico había crecido con el dinamismo de varias ramas de la producción y con el ritmo de la concentración capitalista y las transformaciones operadas en la economía a partir de los años '50/'60. Particularmente, se asiste al crecimiento de las industrias establecidas en el país bajo el gobierno de Arturo Frondizi, sobre todo la siderurgia, la automotriz y la petroquímica, asentadas en la provincia de Córdoba, en el cordón industrial del río Paraná y el Gran Buenos Aires. Estas concentraciones industriales jugarán un papel de vanguardia en el ascenso revolucionario que se inicia con el Cordobazo.

Los sindicatos, que contaban con más de 3.500.000 afiliados<sup>43</sup> -lo que suponía un porcentaje muy elevado de la fuerza laboral total; muy superior al promedio latinoamericano e inclusive al de algunos países centrales-, reflejaban esta fortaleza del proletariado. Su estructura sindical, basada en las organizaciones de fábrica, se apoyaba en el núcleo de la estructura productiva, en las comisiones internas y los cuerpos de delegados por sección. Aunque se tratase de una simplificación esquemática, no era en absoluto infundada la visión convencional que desde 1955 había presentado las vicisitudes políticas de la Argentina, en buena medida, como un “duelo entre sindicatos y militares”. La clase obrera se hallaba en un momento de gran fortaleza social. Su oposición, a partir de 1955, fue el obstáculo insalvable para el proyecto inicial de la “Revolución Libertadora”. Fue la que determinó el naufragio político del mismo y de los gobiernos que sucesivamente trataron de estabilizar al régimen. El problema irresuelto de la asimilación de la clase obrera al régimen político mantenía intranquilas a las clases dominantes, lo que hizo que la etapa estuviera signada por virtuales “guerras civiles intermitentes” o “de baja intensidad”, en las que los agentes del régimen social y político intentaron disciplinar y derrotar a la clase obrera -y también dirimir sus propias disputas internas. La prolongada confrontación obrera con el “régimen libertador” será productora de la

43. Un documento fechado en octubre de 1968 refiriéndose específicamente a la Confederación General del Trabajo plantea que ésta “nuclea a más de 3.500.000 de trabajadores de todos los sectores de la actividad económica. Se encuentran afiliados a la CGT unos 141 sindicatos y alrededor de 41 federaciones y confederaciones; de esas entidades, 131 tienen su sede en la Capital Federal y 51 en el interior del país”. Winberg, Pedro Daniel, “Actitudes, iniciativas y realidades tendientes a la participación de las organizaciones de trabajadores y de empleadores de la República Argentina en la Planificación del desarrollo socioeconómico”, SI/RESEARCH, Notas/1968/5, octubre de 1968.

cultura política de lucha y resistencia en medio de la que creció la generación de los '70. Todo esto ponía al proletariado -una vez producido el paso de sectores importantes de las capas medias a la oposición y, claramente, en el momento del estallido del Cordobazo- en buenas condiciones para ejercer el papel dirigente al frente de una amplia alianza obrera y popular, rol que en cierto sentido ya se había ganado en el imaginario social y político de aquel momento. Pero sus debilidades fundamentales, asociadas a la dependencia política e ideológica de la experiencia nacionalista burguesa, la proclividad a admitir de buen grado el paternalismo estatista del peronismo “histórico” (con su explícita exaltación de la conciliación de clases), y el control de los sindicatos -cuyo grado de estatización fue siempre alto- por la casta burocrática correspondiente a esa constelación de condiciones político-ideológicas, ciertamente dificultaban la asunción de aquel papel dirigente para el que el proletariado parecía el candidato más firme en todo el arco social de la contestación política. Colaboraba en ello también la política de la llamada Tendencia Revolucionaria (TR) del peronismo, hegemonizada por Montoneros que consideraba que la lucha por el denominado (por ellos mismos) “socialismo nacional” debía pasar necesariamente por una etapa de alianza entre el proletariado y la burguesía nacional bajo la dirección política de Perón. Sin embargo, sería un error considerar que estas desventajas constituían barreras inmóviles. Por ejemplo, en lo que respecta a la burocracia sindical, debe decirse que en 1969 estaba, en cierta medida, en crisis y dividida, como consecuencia tanto del acercamiento inicial a los militares de Onganía y de sus alineamientos detrás de distintas “alas” políticas burguesas, como de la política represiva de la dictadura, que luego de la “luna de miel” de mediados del '66, atacó a los sindicatos con distintas intervenciones, socavando su control sobre las bases y generando con ello condiciones propicias para que en las fábricas se fuera gestando el nuevo ascenso obrero. Aún cuando la burocracia sindical seguía manteniendo un importante control sobre las organizaciones obreras, su división frente a los continuados ataques del gobierno de Onganía favoreció el surgimiento de nuevas direcciones y la ruptura de seccionales. En los inicios de la llamada “Revolución Argentina”, la dirigencia sindical estaba dividida en las siguientes alas: las 62 Organizaciones vanderistas, interlocutoras del gobierno aunque mantenían su política de “presionar para negociar”, las 62 de pie junto a Perón, impulsada por el mismo

General para contrarrestar el peso del vandorismo, y los participacionistas que impulsaban una política de colaboración directa con el gobierno de la dictadura. Posteriormente, en 1968, surge una ruptura, la CGT de los Argentinos dirigida por Raimundo Ongaro del gremio gráfico y que contó inicialmente con el apoyo de Perón. Su objetivo era contener el descontento que a la burocracia colaboracionista se le comenzaba a escapar. Desaparecido Vandor<sup>44</sup> y ante la creciente ola de insurgencia obrera, la política de Perón será la de intentar restablecer la unidad de la central sindical bajo un mando leal, conducido por el metalúrgico José Ignacio Rucci. Esta situación significó el desplazamiento de los aliados de Vandor que propugnaban un “peronismo sin Perón”, el debilitamiento de los sectores conciliadores con la dictadura y el hecho de dejar al garete y sin apoyo político a la CGT de los Argentinos.

Pero, como una conssecuencia del ascenso obrero y de la crisis y reacomodamientos en el seno de la burocracia, tomará bríos el proceso de formación y auge de una nueva vanguardia obrera que será acompañado -como ya señalamos- con rupturas a nivel de seccionales sindicales (como en la misma Córdoba del '69 y, fundamentalmente, un proceso de recuperación de comisiones internas, sustraídas simultáneamente al control del gobierno, la patronal y la burocracia). Como veremos a lo largo de este trabajo, la irrupción de una nueva vanguardia de clase y la constitución de organizaciones democráticas de base serán las tendencias profundas hacia una reorganización del movimiento obrero que tendrá sus batallas más grandes en la experiencia clasista cordobesa y en las luchas del movimiento obrero contra los gobiernos peronistas a partir de 1973.

44. *Augusto Timoteo Vandor* fue ejecutado el 30 de junio de 1969 en la sede de la UOM. Años más tarde, según puede leerse en la Revista *Descamisados*, la autoría del hecho fue adjudicada a la planificación de Dardo Cabo y Rodolfo Walsh.